

el estudiante — ¿Dejarte ahora, separarnos?...  
¿Vas á tu casa?

— Sí, hombre. ¡Qué dirán!

— ¡Oh!, sí, ¡qué dirán los marqueses de Relimpio!

— No son marqueses, pero son personas honradas.

— ¿Quieres ir esta noche al Teatro Real?»

¡El Teatro Real! Otro golpe mágico en el corazón y en la mente de la sobrina del Canónigo.

«Pero á eso que llamáis paraíso, ¿van personas?...

— ¿Personas decentes?... Lo más decente de Madrid, la flor y nata.»

Como no estaba bien que ella saliese sola con Miquis por la noche, convinieron en que éste convidaría también á las niñas de Relimpio. A esto debía anteceder la presentación reglamentaria de Augusto en el domicilio de D.<sup>na</sup> Laura, para lo que se acordó, tras cortas vacilaciones, una mentirijilla venial. Isidora diría que al volver á su casa desde la de su tía se había encontrado al tal joven, amigo íntimo, deudo y aun pariente lejano del señor Canónigo. Era, no ya estudiante, sino médico hecho y derecho, y bien podía prestar servicios tan excelentes como gratuitos á una familia que no gozaba de perfecta salud.

Despidiéronse con fuertes apretones de manos, que á Miquis no le parecían nunca bastante fuertes. Isidora subió sumamente fatigada. Las de Relimpio le dijeron que había venido á visitarla un caballero de muy buen porte. Entró la joven en su cuarto, donde la esperaba una gratísima sorpresa. Sobre la cómoda había una tarjeta con el pico doblado.

## CAPÍTULO V

### Una tarjeta.

El corazón quería salirse del pecho al ver los bonitos caracteres, que decían:

*El marqués viudo de Saldeoro.*

Largo rato estuvo perpleja, la cartulina en la mano, sin apartar los ojos del sortilegio que sin duda contenían las letras negras del nombre y las pequeñitas de las señas: *Jorge Juan, 13*. Las emociones varias que se sucedieron en Isidora, las cosas que pensó en rápido giro de la mente, no son para contadas. Todo se resolvió en alegría, de la que se derivaban, como de rico manantial, diversas corrientes de sentimientos expansivos; á saber: un profundo agradecimiento al distinguido caballero que la visitaba, y un deseo vivo de que llegase pronto, muy pronto, lo más pronto posible, el día siguiente.

Su buen tío había escrito á dos principales señores de Madrid, hijo y padre, para que la ampararan, defendieran y aconsejaran en el grave negocio de reclamar su posición y herencia. ¡Cosa extraña y digna de gratitud! Una de las personas á quienes venía recomendada, el hijo, el marqués de Saldeoro, de cuya gallardía y proezas galantes habían llegado noticias al mismo Tomelloso, no esperaba á ser visitado por ella, sino que, dando una prueba más de su acatamiento al bello sexo, apresurábase á visitarla en tan humilde morada...

Y como la impresionable joven, cuando se en-

tretenía en ver las cosas por su faz risueña y en hacer combinaciones felices llegaba á límites incalculables, empezó á ver llano y expedito el camino que antes le pareciera dificultoso; pensó que se le abrirían voluntariamente las puertas que creyó cerradas, y que todo iba bien, perfectamente bien. Usando entonces de aquella propiedad suya que ya conocemos, dió realidad en su mente al marqués de Saldeoro, favorito de las damas, según decían lenguas mil; le tuvo delante, le oyó hablar agradecida, le preguntó ruborizada; construyó, si así puede decirse, con material de presunciones y elementos fantásticos, la visita personal que al siguiente día no podía menos de realizarse.

Consecuencias precisas de esta febril concomitancia con un personaje á quien adornado suponía de seductoras cualidades, fueron un desdén muy vivo hacia el pobre Miquis y una vergüenza de las escenas de aquel día. El paseo con el estudiante, la escena del ventorrillo, la vil tortilla cebolluna, las naranjas comidas en campo raso, las confianzas, las carreritas, se reprodujeron en su imaginación como un sabor amargo y malsano, haciendo salir el rubor á su semblante. Habían sido aquellas aventurillas tan contrarias á su dignidad y á su posición futura, que diera cualquier cosa por que no hubieran pasado.

Tan metida en sí misma estaba con estos bochornos y aquellas alegrías, que apenas comió. Como recordara en la mesa que debía hablar algo de Augusto para preparar su presentación, dijo que era un estudiante pobre, un buen chico, hijo de labradores, algo tocado de la cabeza, más músico que médico y más médico que fino.

Cuando Augusto llegó, negóse Isidora á ir al teatro, porque la había dado jaqueca. Emilia y Leonor no quisieron ir tampoco, y el buen estudiante quedó en la situación más desairada del mundo. Pero como era tan listo, y maravillosamente á todo se plegaba, hasta dominar las situaciones más difíciles, bien pronto cautivó á la familia con sus donaires. Doña Laura propuso jugar á la brisca; trajo D. José de su cuarto una sebosa baraja, y en el comedor, bajo la pestífera llama del petróleo mal encendido, formaron el más alegre corrillo que vieron casas de huéspedes.

Huyendo de tanta vulgaridad, retiróse Isidora á su cuarto, donde se encerró.

«Ese pobre Miquis — decía — es muy buen muchacho, pero tan ordinario... ¡Pobrecillo!, me da lástima de él; ¿pero qué puedo hacer? ¿Puedo hacer yo que las cosas sean de otra manera que como Dios las ha dispuesto?... Está que ni pintado para Emilia ó para Leonor... Me alegraré mucho de que sea un hombre de provecho. Necesitará protección de las personas acomodadas, y en lo que de mí dependa...»

Se acostó, no para dormir, sino para seguir dando vida ficticia en el horno siempre encendido de su imaginación á la visita del día siguiente y á las consecuencias de la visita. El marqués de Saldeoro entraba; ella le recibía medio muerta de emoción, le hablaba temblando; él le respondía finísimo. ¡Y qué claramente le veía! Ella rebuscaba las palabras más propias, cuidando mucho de no decir un disparate por donde se viniera á conocer que acababa de llegar de un pueblo de la Mancha... El era el más cumplido caballero del mundo... Ella se mostra-

ba muy agradecida... El dejaría su sombrero en un sillón... Ella tendría cuidado de ver si alguna silla estaba derrengada, no fuera que en lo mejor de la visita hubiese una catástrofe... El había de dirigirle alguna galantería discreta... Ella tenía que prever todas las frases de él para prepararse y tener dispuestas ingeniosas contestaciones... ¡Cielo santo!, y aun faltaba una larga noche y la mitad de un larguísimo día para que aquel desvarío fuera realidad...

Era preciso arreglar el cuarto lo mejor posible... ¡Qué pensaría el caballero ante aquellos miserables trastos!... Isidora no podía mirar sin sentir pena las tres láminas que ornaban las paredes empapeladas de su cuarto. Aquí una vieja estampa sentimental representaba la *Princesa Poniatowsky en el momento de recibir la noticia de la muerte de su esposo*; allí el cuadro del *Hambre*; enfrente dos amantes escuálidos, esmirriados y de pie muy pequeño, él de casaca con mangas de pernil, ella con sombrero de dos pisos, se juraban fidelidad junto á un arroyo... Si D.<sup>a</sup> Laura no se incomodase, Isidora arrojaría á la calle las tres laminotas... Pues, ¿y la cómoda con su cubierta de hule manchado? Más valía no verla... Pero ella se levantaría temprano y fregotearía bien la cómoda, el lavabo de tres patas, y haría maravillas de orden y limpieza... Después compraría una corbata bonita... Rogaría á D.<sup>a</sup> Laura que la dejase traer de la sala dos sillas de damasco con sus fundas de percal... En fin... No contenta con pensar lo que pasaría al siguiente día, pensó los sucesos del tercer día y los del otro y los del mes próximo, y los del año venidero, y los de dos, tres ó cuatro años más.

Dejémosla mal dormida, abrazada consigo

misma, á las altas horas de la noche, cuando todo ruido cesara en la casa. ¿Era aquello felicidad ó martirio? Dice Miquis, y quizás dice bien, que no existiría ni siquiera el nombre de felicidad si no se hubiera dado al hombre, como se da al niño el juguete, el consuelillo de esperarla.

## CAPÍTULO VI

¡Hombres!

## I

Aquella buena mujer que pared por medio de la *Sanguijuelera* vivía, tenía por consorte á un rico mercader americano. Entiéndase bien que lo de rico se le aplica por ser tal su apellido (se llamaba Modesto Rico), y lo de americano por tener su establecimiento, no en las Américas que están de la otra banda de la mar, sino en aquellas, menos pingües y lejanas, que se extienden por la Ribera llamada de Curtidores, pasan la procelosa Ronda de Toledo y van á perderse entre basuras, escombros y residuos de carbón en las Pampas de la Arganzuela, cerca de donde, por fétidas bocas, arroja Madrid sobre el Manzanares lo que no necesita para nada.

Modesto Rico tenía un tingladillo de clavos usados, espuelas rotas, hebillas, cerraduras mohosas, jaulas de loro, abolladas alambreras y tinteros de cobre. Era además lañador y lañaba de lo lindo. Ganaba poco, y este poco se lo quitaba su afición á la horchata de cepas. Animal más digno de desprecio y lástima no se ha visto ni verá. Una y otra vez en el curso de la semana, y principalmente los domingos y lunes, hacía sus cuentas sobre las costillas de su mujer con una vara de acebuche ó simplemente con la mano, más dura que granito.

Pues de esta unión había nacido un niño, el más bonito, el más gracioso, el más esbelto, el más engañador y salado que en el barrio había. Contaba á la sazón diez años, que parecían doce, según estaba el rapaz de espigado y suelto. Su cara era fina y sonrosada, el corte de la cabeza perfecto, los ojos luceros, la boca de ángel chapado á lo granuja, las mejillas dos rosas con rocío de fango; y su frente clara, despejada y alegre, rodeada de graciosos rizos, convidaba á depositar besos mil en ella. Por estas lindezas, por la soltura de sus miembros y gallardía de su cuerpo alto y delicado, estaba más orgullosa de él su madre que si hubiera parido un príncipe. Hablaba el lenguaje de su edad, con graciosos solecismos, comiéndose medio idioma y deshuesando el otro medio. Si en el Cielo hay algún idioma ó dialecto, el oír cómo lo destrozan los ángeles será el mayor regocijo y entretenimiento del Padre Eterno.

Hacia grandes esfuerzos Angustias (á quien llamaban también *Palo-con-ojos*) por poner sobre aquellas tiernas carnes ropa apropiada á la preciosa cara y al bonito cuerpo de su hijo. Su pobreza no le permitía el lujo más ansiado de su corazón. Pero allá como Dios le daba á entender, con guiñapos del Rastro y otros arreglados por ella, conseguía vestirle á su placer, y se recreaba en él; mirábase en aquel espejo que era su vida y sus amores; se henchía de satisfacción oyendo los encomios que del muchacho hacían las vecinas. Para los domingos tenía un pantalón azul, más bien recortado que corto, unas botas usadas, de segunda mano, ó mejor, de segundos pies, y una camisola que su madre cuidaba de planchar el sábado. Pero lo más lindo

era una chaquetilla de felpa roja, tan raída como bien ajustada, sobre la cual liaba Angustias una faja hecha de dos ó tres cintas de colores perfectamente cosidas, con lo que el muchacho parecía un sol, más que un príncipe, algo de sobrenatural en belleza y gallardía, como un Niño Jesús vestido de torero. Desde que apareció por primera vez en la calle de Moratines, le pusieron por apodo *el Majito*, y así se llamó toda su vida. Su nombre era Rafael. Decían los vecinos que todas aquellas galas habían sido de niños muertos y de despojos allegados, sabe Dios cómo, en el obscuro borde de la tumba. No nos corresponde aclarar esto, y tuvieran ó no razón las murmuradoras, ello es que *el Majito* estaba majísimo con aquellos arreos.

Lo que vamos á contar pasó en un domingo. *El Majito* salió brincando de su casa para ir á enredar en las ajenas. Miróle salir gozosa *Paloccon-ajos*; mas no era fácil que el regocijo se pintase en su cara, por tenerla casi toda cubierta con un pañuelo, á causa del dolor de muelas y de la hinchazón que estaba sufriendo aquel día. Y aun así no faltaban alrededor de su frente las sortijillas pegadas con tragacanto, ni la canastilla y peñas. Era la carátula más grotesca que imaginarse puede, pues uno de los lados de su rostro parecía calabaza, y era tal el peso, que no separaba de aquella parte la mano.

*El Majito* se metió de un salto en la tienda de la *Sanguijuelera*. Esta solía mimarle y le obsequiaba unas veces con piñones y otras con azotes.

«Hola, lagartijilla, ¿ya estás aquí?... No enredes en la tienda, porque vas á cobrar.

— ¿Y *Pecado*?

— En el taller... Dios le tenga allá...»

Aquel día, aunque era festivo, el soguero tenía trabajo hasta las doce. No había querido ir Mariano; pero su severa tía le cogió por una oreja, y... ¡Valiente holgazán!

«¿Y *Pecado*? — volvió á preguntar *el Majito*.

— Te digo que está en el trabajo... No te montes sobre la tinaja. Si me la rompes, vas á ver. ¡Eh, eh! No te encarames, ó te vas de aquí más pronto que la vista.

— ¿En dónde está *Pecado*?»

Para preguntar, los sabios y los chicos. *La Sanguijuelera*, cansada de responder á la misma pregunta, le cogió con una mano los dos carrillos, estrujándoselos, con lo que la boca del *Majito* resultó como una guinda. Le dió un beso en ella, diciéndole: «¡Qué pesado eres..., y qué rebonito!»

«¡Suéltame, vieja! — exclamó Rafael limpiándose la cara.

— Eso es, frótate, bobo... Y me has llenado de babas.

— ¿Y *Pecado*?

— ¡Toma *Pecado*!»

Y le arreó dos nalgadas. Como un jilguero saltó *el Majito*, y de un brinco se puso en el pasillo, y de otro brinco en el patio interior, y con un tercer brinco se metió en el aposento donde Encarnación vivía, el cual no era notable por su desahogo ni por sus claridades. Dificilmente se podría determinar, sin tener costumbre de andar dentro de tal laberinto, lo que allí había; pero *el Majito*, que conocía el local como el ratón conoce las entradas y salidas de la casa que habita, subió á eminencias que parecían camas; descendió á negros abismos que parecían arco-

nes abiertos; trepó por las gastadas graderías de un estante viejo; se arrastró por suelos polvorientos; metió su brazo por tortuosas grietas formadas de informes bultos arrimados á la pared. Sin duda buscaba algo. Su flexible cuerpecillo se escurría y deslizaba en silencio de hueco en hueco, hasta que al fin, apoyado en un cofre, dió una voltereta agitando las patitas en el aire, y se sumergió como el nadador en persecución de la perla.

Era un rincón obscuro, polvoroso, lleno de cachivaches, antes apreciables al tacto que á la vista, objetos de cartón, de cuero, de metal, algo como mochilas, bayonetas, cartucheras, trozos de arreos militares, desechados por inútiles en la liquidación de un bazar de juguetes. *El Majito* miró y se estuvo quieto, atento. Sus ratoniles ojos veían en la obscuridad aquel montón de cosas. Era un cuadro en las profundidades del mar, con ansiedad de buzo y resplandor de mariscos entre el lívido verdor del agua. Las arañas se paseaban sobre los objetos, pero Rafael no les tenía miedo. Las correderas entraban y salían por los intersticios, huyendo azoradas al ruido, pero *el Majito* tampoco les tenía miedo.

Estuvo un rato en acecho, dudoso, mirando y eligiendo. Fuerte cosa era decidir cuál objeto tomaría. Por último, decidido, tiró de una brillante empuñadura y sacó un sable. Después revolvió el conjunto y vió un brillo seductor de galones. Dióle un salto el corazón de ratero y tomó lo que brillaba. Era un sombrero que parecía escudilla, un ros de cartón, deforme, cuarteado, pero con tres tiras de papel dorado pegadas en redondo. *El Majito*, que tan poco sabía del mundo, sabía que los tres entorchados son

la insignia del capitán general, y que ésta es la jerarquía más alta del ejército. ¡Vaya usted á averiguar dónde esos diablos de chicos aprenden estas cosas!

Se puso el ros y vió que era bueno. Empuñó el sable. Era un palito pinchante amarrado á una empuñadura de metal, que en su origen parecía haber sido asa de un brasero de cobre. Había en la prenda militar una fabricación tosca, pero ingeniosa, que denotaba tanta habilidad como falta de medios. Autor y dueño de aquellos arreos era, como se habrá comprendido, el famoso *Pecado*, gran amigo de cosas de guerra, y que desde su tierna infancia se mostraba muy precoz para las artes mecánicas. El apandaba, no se sabe dónde, aunque es de presumir que fuera en sus viajes por las Américas, restos de juguetes, pedazos de hojalata, de madera, de hierro; y con un clavo viejo, una cuerda, una navaja rota y un enorme guijarro que servía de martillo y de piedra de afilar, hacía maravillas.

En cuanto al ros, justo es consignar que no vino á sus manos por causa de rapiña, sino que lo cogió en la calle, en el momento de caer de un balcón, arrojado por unos niños. Era pieza lastimosa; pero ¡cómo se transformó en sus hábiles manos! Púsole visera que no tenía, para lo cual le bastó media suela de una zapatilla; lo moldeó y le dió forma, que casi había perdido; adornóle con una vistosa placa, que sacó de la chapa circular de un botecillo de betún, y por último, con ciertos tirajos de papel dorado, sutilmente desprendidos de una caja de mazapán, le puso sus tres entorchados. ¡Muy bien! ¡Así se hacen las cosas! El ros tuvo en sus orígenes

plata y oro, insignias de comandante. *Pecado* le hizo ganar de un salto la mayor jerarquía militar con una prontitud que envidiaría la misma *Gaceta*... ¡hala!

Dejemos al *Majito* con el ros encasquetado, el sable en la derecha mano, en actitud tan belicosa, que si le viera el sultán de Marruecos convocara á toda su gente á la guerra santa. Con la mano siniestra se limpió el polvo y las telarañas que no querían desprenderse de la felpa de su chaqueta, y dando después tres ó cuatro brincos, se puso en la calle gritando con todo el vigor de su pecho infantil: «Soy *Plin*.»

¡Ser Prim! ¡Ilusión de los hijos del pueblo en los primeros albores de la ambición, cuando los instintos de gloria comienzan á despuntar en el alma, entre el torpe balbucir de la lengua y el retoñar, casi insensiblè, de las pasiones! Esta ilusión, que era entonces común en las turbas infantiles, á pesar de la reciente trágica muerte del héroe, se va extinguendo ya conforme se desvanece aquella enérgica figura. Pero aún hoy persiste algo de tan bella ilusión; aún se ven zamacucos de cinco años, con un palo al hombro y una gorra de papel en la cabeza, que quieren ser Prim ó ser O'Donnell. ¡Lástima grande que esto se acabe, y que los chicos que juegan al valor no puedan invocar otros nombres que los gárrulos motes de los toreros!

«Ya lo hicimos—dijo Encarnación mirando al *Majito*—. Apandó los chirimbolos, y cuando el otro venga tendremos la de no te menees.»

*El Majito* se dejó ir con grave paso por la calle de Moratines abajo. Era el día ventoso, frío y seco, hijo maldito de la malditísima primavera de Madrid. La pluma del ros del *Majito*

(porque una pluma de pavo tenía) se torcía con la fuerza del viento. La cola de las gallinas que andaban por la calle se doblaba también, obligándolas á dar tumbos entre el fango. Todo lo que colgaba de las paredes, ropa, trapos, sogas, se ponía horizontal; balanceábanse las bacías de cobre colgadas en la puerta del barbero; las faldas de las mujeres se arremolinaban; se rompían las vidrieras; los hombres se iban sujetando con la mano sus gorras y sombreros; los curas apenas podían andar; todo lo flotante tendía á tomar la horizontal, y en medio de esta desolación relativa, *el Majito* avanzaba tieso y altanero, como hombre supinamente convencido de la importancia de sus funciones.

En la calle de Ercilla tenía ya un séquito de seis muchachos; en la del Labrador, ya se le había incorporado una partida de diez y siete, entre hembras y varones, siendo las primeras, ¡cosa extraña!, las que más bulla metían. Los tres chicos del capataz de la fundición de hierro salieron batiendo marcha sobre una plancha de latón, y pronto se agregaron á ellos, para aumentar tan dulce orquesta, los dos del tendero, tañiendo esas delicadas sonatas de Navidad, que consisten en descargar golpes á compás sobre una lata de petróleo. Eran estos enemigos del género humano pequeñuelos y sucios. Calzaban botas indecifrables, pues no se podía decir á ciencia cierta dónde acababa la piel y empezaba el cordobán. Estaban galoneados de lodo desde la cabeza á los pies. Si la basura fuera una condecoración, los nombres de aquellos caballeritos se cogerían toda la *Guía de forasteros*.

Al desembocar el ya crecido ejército en la plaza de las Peñuelas, centro del barrio, agregóse

una chiquillería formidable. Eran los dos nietos de la *Tía Gordita*, los cuatro hijos de Ponce el buñolero, las del sacamuelas y otros muchos. Mayor variedad de aspectos y de fachas en la unidad de la inocencia picaresca no se ha visto jamás. Había caras lívidas y rostros siniestros entre la muchedumbre de semblantes alegres. El raquitismo heredado marcaba con su sello amarillo multitud de cabezas, inscribiendo la predestinación del crimen. Los cráneos achatados, los pómulos cubiertos de granulaciones y el pelo ralo, ponían una máscara de antipatía sobre las siempre interesantes facciones de la niñez. En un momento se vió á la partida proveerse de palos de escoba, cañas, varas, con esa rapidez puramente española, que no es otra cosa que el instinto de armarse; y sin saber cómo surgieron picudos gorros de papel con flotantes cenefas que arrebatava el viento, y aparecieron distintivos varios, hechos al arbitrio de cada uno. Era una página de la historia contemporánea, puesta en aleluyas en un olvidado rincón de la capital. Fueran los niños hombres y las calles provincias, y la aleluya habría sido una página seria, demasiado seria. Y era digno de verse cómo se coordinaba poco á poco el menudo ejército; cómo sin prodigar órdenes se formaban columnas; cómo se eliminaba á las hembras, aunque alguna hubo tan machorra que defendió á pezozones su puesto y jerarquía.

Crecía el estrépito, engrosaban las haces. ¿De dónde había salido toda aquella gente? Eran la discordia del porvenir, una parte crecida de la España futura, tal que si no la quintaran el sarampión, las viruelas, las fiebres y el raquitismo, nos daría una estadística considerable den-

tro de pocos años. Eran la alegría y el estorbo del barrio, estímulo y apuro de sus padres, desertores más bien que alumnos de la escuela, un plantel de que saldrían quizás hombres de provecho y sin duda vagos y criminales. De su edad respectiva poco puede decirse. Eran niños, y tenían la fisonomía común á todos los niños, la cual, como la de los pájaros, no determina bien los años de vida. La variedad de estaturas más bien indicaba los grados de robustez ó cacoquimia que los años transcurridos desde que vinieron al mundo. El mal comer y el peor vestir pasaba sobre todos un triste nivel. Algunos llevaban entre sus labios, á modo de cigarro, un caramelo largo, de esos que parecen cilindro de vidrio encarnado, y con un fácil movimiento de succión le hacían entrar en la boca ó salir de ella, repitiendo este gracioso mete y saca con presteza increíble.

El militar paseo tenía por música, además del estruendo de las latas, el reir inmenso de la bandada, el pío pío mezclado de voces prematuramente roncas, y salpicado de esos dicharachos que al ser escupidos de la boca de un niño nos recuerdan al feo abejón cuando sale zumbando del cáliz de la azucena. Había en las filas renacuajos de dos pies de alto, con las patas en curva y la cara mocosa, que blasfemaban como carreteros; había quien, mudando los dientes, escupía por el colmillo; había quien llevaba una colilla de cigarro detrás de la oreja y una caja de fósforos en un hueco, que no bolsillo, de la ropa. Había piernas blancas desnudas asomándose á las ventanas de un pantalón que á pedazos se caía; había zancas negras, esbeltas cinturas ceñidas por sucia cuerda ó por tirajo infor-

me; chaquetones que fueron de abuelos, y calzones que fueron mangas; blusas que aún se acordaban de haber sido chalecos; gorras peludas que fueron, ¡ay!, manguito de elegantes damas. Pero la animación principal de aquel cuadro era un centellear de ojos y un relampaguear de alegrías divertidísimo. Con aquel lenguaje mudo decía claramente el infantil ejército: «¡Ya somos hombres!» ¡Cuántas pupilas negras brillaban en el enjambre con destellos de genio y chispazos de iniciativa! ¡En cuántas actitudes se observaban pinitos de fiereza! ¡Allí la envidia, aquí la generosidad, no lejos el mando, más allá el servilismo, claros embriones de egoísmo en todas partes! En aquel murmullo se concentraban los chillidos para decir: «Somos granujas; no somos aún la humanidad, pero sí un croquis de ella. España, somos tus polluelos, y cansados de jugar á los toros, jugamos á la guerra civil.»

## II

Llegaron á la vía férrea de circunvalación que corta el barrio, sin valla, sin resguardo alguno. La miseria se familiariza con el peligro como con un pariente. Sintieron silbar la máquina, y los condenados se pusieron á bailar sobre los carriles desafiando el tren mugidor que venía. Lo azuzaban, lo escarneaban, hasta que apareció la locomotora en la curva, y al verla cerca se dispersaron como bandada de gorriones. El tren de mercancías pasó, enorme, pesado, haciendo temblar la tierra, y ellos á un lado y otro de la vía le saludaban con espantosa rechifla, le ame-

nazaban con puños y palos, le trataban de tú, remedaban con insolente escarnio los bufidos de la máquina, el desengonzado movimiento de las bielas, y por último pusieron al guardafreno como hoja de perejil. El tren les hacía tanto caso como á una nube de mosquitos, y desapareció dejando atrás su humo y su ruido.

Volvióse á ordenar la hueste y siguieron marchando, con *el Majito* á la cabeza. ¡Ah! Todavía mandaba. Goza, goza del brillo de tu alta posición, que tiempo vendrá en que las grandezas se humillen y las altas torres se desplomen. Avanzaban por la planicie que se extiende entre el hospital del Niño Jesús y los collados áridos que rodean el barranco. Allí no hay casas todavía, es decir, no hay miseria. ¿Quién diréis que salió á recibirles? Pues un pavo que habitaba en muladar próximo, y que todas las mañanas se paseaba solo por el llano, con la gravedad enfática que tanta semejanza le da con ciertos personajes. El pavo les miró; ellos le miraron y se detuvieron. Hizo él la rueda y les echó una arenga, es decir, que después de soltar dos ó tres estornudos, que son la interjección natural del pavo, les soltó esa carcajada que parece ladrado. Los chicos se echaron á reir en inmenso coro, y el animal volvió á hacer la rueda y á echarles otra arenga, diciendo «amados compatriotas míos...» con el cuello rojo cual la esencia del bermellón, el moco tieso, las carúnculas inyectadas como un orador herpético. Más gritaban ellos, más gargajeaba él. A cada voz respondía con sus estornudos y su carcajada. Parecían aclamaciones á la patria, *vivas* contestados con *hurras*. Después dió media vuelta y marchó delante. Era esa caricatura militar de anta-

ño que se llamaba tambor mayor. El viento le despeinaba las plumas, y al arrastrar las alas y dar el estornudo era el puro emblema de la vanidad. No le faltaba más que las cruces, la palabra y la edad provecta para ser quien yo me sé.

Había llegado el momento en que la partida necesitaba hacer algo para justificar su existencia. ¿Qué haría? ¿Una simple fiesta militar, ó dividirse en dos bandos para batirse en toda regla? El susurro y la confusión indicaban que la falange se hacía á sí misma aquella pregunta. Bien pronto nadie se entendía allí. La discordia descompuso las filas, y todo era empujones, codazos, gritos. No había uno que no quisiera ser Prim, incluso el renacuajo de las patas corvas. Pues qué, ¿*el Majito* no había mandado ya bastante? Hasta el pavo, con aquella carcajada que parecía un vómito de sonidos, exclamaba: «¡Abaa... jojojo *el Majito!*»

«Mía éste — dijo uno de los chicos del carbonero, atacando al general en jefe con el codo, así como los pollos embisten con el ala —. Dice que me ponga detrás... Si no te callas, puñales, te pego la bofetá del siglo.

— Pega, hombre, pega — chilló Rafael preparándose á recibirle, animoso, imponente, con el puño cerrado, y presentando también el codo y antebrazo como un escudo —. Vamos, hombre...

— No vos perdáis, muchachos; no vos perdáis — dijo en tono conciliador el del herrero, interponiéndose.

? — Ponte atrás, ¡coles! — grito *el Majito* —. ¡Qué coles! Si no te pones atrás, verás...

— Que no me da la gana, hombre...

— Achúchale, achúchale — dijeron algunos

que querían ver reñir al *Majito* con el hijo del carbonero.

— No vos perdáis, muchachos — volvió á decir el otro, sin soltar de la boca sucia el caramelo largo.

— ¡Que le achuche, que le achuche! — graznaron varios, arremolinándose.

*El Majito* y *Colilla*, que así se llamaba el del carbonero, se sacudieron el primer golpe en los hombros.

«¡Leña!

— ¡Atiza!»

A los primeros golpes cayó á tierra el ros. Más pronto que la vista lo cogió Gaspar (el de las patas corvas), se lo puso, y echó á correr hacia abajo, en dirección á las Yeserías. Allí le detuvieron dos muchachos que subían del río; le quitaron la codiciada prenda, y uno de ellos se la puso. Miróse en un charco verdoso, y estalló en risa. En tanto la refriega había cesado, y *el Majito*, con la cara soplada, los ojos encendidos, el corazón hirviendo de rabia, se había subido á una colina de las inmediatas al barranco, y desde allí gritaba que iba á matar á uno y á reventar á seis si no le devolvían su sombrero.

Los que subían del río eran como de doce años, descalzos, negros, vestidos de harapos. El uno traía una espuerta de arena. Los dos mostraban grandes manojos de una hierba que se cría en aquellas praderas. Es una liliácea, que algunos llaman matacandil y otros jacinto silvestre ó cebolla de lagarto. Tiene un tallo ó tuetanillo que se chupa, ¡y es dulce!

«¡Matacandiles!» — chillaron muchos, arrojando las armas y saliendo á recibir á los dos individuos, conocidos en la república de las picar-

días con los nombres de *Zarapicos* y *Gonzalete*.

«¿A cómo? — preguntó una voz.

— A cinco.

— ¡Qué coles!..., á cuatro.

— ¡A cinco! El que no dé cinco no chupa.

— Maldita sea tu madre..., ¡á cuatro!»

Y empezó un regatear febril, una disputa de contratación que retrasaba las ventas. Pero ¿qué se vendía y qué se compraba allí? Los maticandiles que en las tardes de primavera dan materia á un animado comercio infantil, ¿se cambiaban por dinero? No, porque la escasez de numerario lo vedaba. Sin embargo, no puede decirse que no fuera metálico el segundo término del cambio, porque los maticandiles se cambiaban por alfileres.

*Zarapicos* y *Gonzalete* eran comerciantes. No daban un paso por aquellos muladares habitados, ni aun por las calles de Madrid, sin que sacaran de él alguna ganancia. ¡Bien por los hombres guapos! Vivían de sus obras y de sus manos; su casa era la capital de España, ancha y ventilada; su lecho el quicio de una puerta ó cualquier rincón de casa de dormir; su vestido una serie de agujeros pegados unos á otros por medio de jirones de tela; su sombrero, el aire y el sol; sus zapatos, los adoquines y baldosas de las calles. No eran hermanos; eran amigos. Habían llegado cada uno á Madrid por distinta vía y puerta; *Zarapicos* por el Norte, *Gonzalete* por el Sur. Tenían padres; pero ya no se acordaban de ellos. Vinieron pidiendo limosna. Después habrían visto que Madrid es un campo inmenso para la actividad humana, y á la limosna habían unido otras industrias.

*Zarapicos* fué durante algún tiempo lazarillo

de un ciego; *Gonzalete* sirvió á una mujer que, al pedir en la puerta de la iglesia, le presentaba como hijo. Uno y otro se cansaron de aquella vida mercenaria y poco independiente, y ansiosos de libertad se lanzaron á trabajar por su cuenta. Entonces se conocieron, y entablaron cariñosa amistad. Ambos aspiraban á vender *La Correspondencia* ó *El Imparcial*, pero ¡ay! ciertas posiciones, por humildes que parezcan, no están al alcance de todos los individuos. Eran demasiado granujas todavía, demasiado novatos, demasiado pobres, y no tenían capital para garantizar las primeras manos. Uno de ellos logró vender *El Cencerro* los lunes; otro merodeaba contraseñas en las puertas de los teatros. Eran dos millonarios en capullo. *Zarapicos* decía á *Gonzalete*: «Verás, verás cómo semus cualquier cosa.»

Antes de llegar á las altas posiciones comerciales tenían que pasar por humillante aprendizaje y penoso noviciado. ¡Recoger colillas! Ved aquí un empleo bastante pingüe. Pero tal comercio tiene algo de trabajo, y exige recorrer ciertas calles, instalarse en las puertas de los cafés, consagrarse al negocio con cierta formalidad. Eran niños, necesitaban juego como el pez necesita agua, y así por las tardes se iban al río á recoger maticandiles. Allí se presentaba inopinadamente algún bonito recreo, tal como cortar la cuerda de una cabra que estuviera atada en los bardales, y á veces se presentaban buenos negocios. Ocurría con frecuencia el caso de tropezar con una herradura en la carretera del Sur, y ¡cuántas veces, junto á las fábricas, podían recogerse pedazos de lingote, clavos y otras menudencias que, reunidas, se vendían en el

Rastro! Con estas cosillas resultaba que tanto *Zarapicos* como *Gonzalete* pudieran tocarse el titulado pantalón para sentir sonar algo como retintín de un cuarto dando contra otro. Eran ricos; pero no gastaban un ochavo en comer. Dos veces al día la guarnición de Palacio da á los chicos las sobras del rancho, á trueque de que éstos les laven los platos de latón. Esta sopa boba, á la cual los granujas llaman *piri*, atrae á mucha gente menuda á los alrededores del cuerpo de guardia, y se la disputan á coscorrones.

Después de bien llena la panza, nuestros dos amigos bajaban hacia el río. Si tenían ganas de trabajar, ayudaban á la lavanderas á subir la ropa; si no, tiraban hacia las Yeserías. Aquel día cogieron tantos matacandiles, que apenas podían llevarlos. Por la mucha abundancia, *Zarapicos* fijó en cinco alfileres el precio de la docena de matacandiles. Hubo temporada en que se cotizaron á diez y once, manteniéndose firme este precio durante toda una semana.

Lo mismo *Zarapicos* que *Gonzalete* tenían las solapas de sus deformes chaquetas llenas de alfileres tan bien clavados, que sólo asomaban la cabeza. El borde de la tosca tela parecía clave-teado como un mueble... Las transacciones empezaron en seguida. Unos daban tallos, los otros chupaban y pagaban. Muchos tenían repuesto de alfileres; otros corrían á sus casas, encontraban á sus madres peinándose al sol, en las puertas de las casas, y les quitaban la moneda ó se la robaban.

En tanto *el Majito*, desde la cumbre de una eminencia formada por escombros, increpaba á la muchedumbre infantil de abajo, diciendo que iba á reventar á patadas á todos y cada uno si

no le devolvían su sombrero. ¡Qué vergüenza! *Zarapicos* lo tenía puesto, y estaba tan contento de su adquisición, que amenazó al *Majito* con subir y sacarle las tripas si no se callaba. Con el viento y la bulla que el pavo metía apenas se sentían las chillonas voces provocativas. *El Majito*, cansado de parlamentar sin fruto ni resultado alguno, lanzó una piedra en medio de la turba de comerciantes. Al voltear, haciendo honda de su elástico brazo, parecía un gallito de veleta, obedeciendo más al viento que al coraje. *Gonzalete*, al recibir la piedra en un hombro, gritó: «¡Repuñales! ¡Maldita sea tu sangre.»

Entonces *Zarapicos* tiró al *Majito*; la piedra silbó en el aire y no hirió al muchacho, que al punto disparó la segunda suya. Instantáneamente, sin que se dieran órdenes ni se concertara cosa alguna, generalizóse la pelea. Muchos se pasaron al bando del *Majito* sin darse la razón de ello; otros permanecieron abajo, y todos tiraban, soldados bravos, saliendo á la primera fila y desafiando el proyectil que venía. Bajarse, elegir el guijarro, cogerlo, hacer el molinete con el brazo y lanzarlo, eran movimientos que se hacían con una celeridad inconcebible.

Para que no les viera la gente mayor del barrio ni los de Orden Público, se corrieron al barranco de Embajadores, lugar oculto y lúgubre. Ninguna orden se dió entre ellos para este hábil movimiento, nacido, como la batalla misma, de un superior instinto. *El Majito* y los suyos ocupaban la altura, *Zarapicos* y su mesnada el llano. Piedra va, piedra viene, empezaron las abolladuras de nariz, las hinchazones de carrillos y los chichones como puños. Mientras ma-

yor era el estrago, mayor el denuedo: «¡Leña!, ¡atiza!, ¡dale!» ¡Qué ardientes gritos de guerra! Ni las moscas se atrevían á pasar por el espacio en que se cruzaban las voladoras piedras. Una de éstas alcanzó á una mujer y la detuvo en su camino, obligándola á retirarse con la mano en un ojo. Muchos chiquillos se retiraron también berraqueando, porque el dolor les enfriaba los ánimos, dando al traste en un punto con todo su coraje.

El barranco de Embajadores, que baja del Sallitre, es hoy en su primera zona una calle decente. Atraviesa la Ronda y se convierte en despeñadero, rodeado de casuchas que parecen hechas con amasada ceniza. Después no es otra cosa que una sucesión de muladares, forma intermedia entre la vivienda y la cloaca. Chozas, tinglados, construcciones que juntamente imitan el palomar y la pocilga, tienen su cimiento en el lodo de la pendiente. Allí se ven paredes hechas con la muestra de una tienda ó el encerado negro de una clase de Matemáticas; techos de latas claveteadas; puertas que fueron portezuelas de ómnibus, y vidrieras sin vidrios de antiquísimos balcones. Todo es allí vejez, polilla; todo está á punto de desquiciarse y caer. Es una ciudad movediza compuesta de ruinas. Al fin de aquella barriada está lo que queda de la antigua Arganzuela, un llano irregular, limitado de la parte de Madrid por lavaderos, y de la parte del campo por el arroyo propiamente dicho. Este precipita sus aguas blanquecinas entre collados de tierra que parecen montones de escombros y vertederos de derribos.

La línea de circunvalación atraviesa esta soledad. Parte del suelo es lugar estratégico, lleno

de hoyos, eminencias, escondites y burladeros, por lo que se presta al juego de los chicos y al crimen de los hombres. Aunque abierto por todos lados, es un sitio escondido. Desde él se ven las altas chimeneas y los ventrudos gasómetros de la fábrica cercana; pero apenas se ve Madrid. Hay un recodo matizado de verde por dos ó tres huertecillas de coles, el cual sirve de unión entre la plaza de las Peñuelas y la Arganzuela. En este recodo el transeunte cree encontrarse lejos de toda vivienda humana. Sólo hay allí una choza guardada por un perro, dentro de la cual un individuo, al modo de gitano, cuida los plantíos de coles.

Pues bien: por este paso, que se llama la Casa Blanca, los valientes muchachos se corrieron desde las Peñuelas á la Arganzuela, lugar que ni hecho de encargo fuera mejor para descaltarse á toda satisfacción.

¡Zas, zas!, iban y venían los pedruscos del campo del *Majito* al campo de *Zarapicos* y viceversa. Ocupaba el primero, como hábil capitán, las alturas sinuosas, y los desalmados del bando contrario se dispersaban por el llano, al borde de los charcos verdosos. Habíales seguido el pavo, y colocándose en lugar seguro, de donde dominar pudiera la perspectiva del campo de batalla, les animaba con sus guerreros toques á degüello. Más enfurecidos ellos cuanto mayor era el número de los que se retiraban contusos, se atacaban con creciente furor. Estaban rojos. Sus brazos, al parecer descoyuntados, elásticos, flexibles como una banda de cuero, funcionaban con aterradora prontitud. Ni *Zarapicos* se acordaba ya de los matacandiles, ni *Gonzalete* de los alfileres. Morir matando era su ilusión. Estaban

ebrios, y los más intrépidos se reían de los pucheros de los desanimados...

De improviso hubo entre los combatientes de uno y otro ejército un movimiento de sorpresa. Oyóse una voz, dos, veinte que dijeron «¡Pecado!», y cien ojos se volvieron hacia el barranco. Por él venía, descendiendo á saltos, un muchacho fornido, rechoncho, tan mal vestido como los demás, el cual á cada paso lanzaba una interjección y amenazaba con el puño. Era el gallito del barrio, el perdonavidas de la partida, capitán de gorriones, bandolero mayor de aquellos reinos de la granjería, angelón respetado y temido por su fuerza casi varonil, por su descaro, por su destreza en artes guerreras y de juego. Así no hubo en el cotarro uno solo que no temblara al oírle gritar: «Estarvus quietos..., vus voy á reventar...»

### III

Detuviéronse las manos ardientes que empuñaban la piedra, y todos le miraron. Fundábase la superioridad de *Pecado* en la fuerza, de donde venía la justicia, es decir, que solía dirimir contiendas de chicos, unas veces á trompada limpia y otras con atinadas y comedidas razones, aunque todo hace creer que el primer argumento era el que con más frecuencia usaba.

«¿Por qué vos zurráis?» — preguntó ceñudo, tremendo.

*El Majito* había salido á su encuentro. *Pecado* era para él más que un amigo, un protector, un maestro amado. Al verle, todo aquel valor homérico de que dió pruebas en la altura, se trocó

en llanto de desconsuelo, cosa natural en chicos, cuya rabia se deshíela en lágrimas, y haciendo pucheros que desfiguraban su hermosura, exclamó:

«Picos..., mi sombrero... Yo soy *Plin.*»

En vez de llorar, el desvergonzado *Zarapicos* se echó á reír como un sátiro. Con inflamados ojos miró *Pecado* su querido ros en la cabeza de aquel monstruo de rapacidad, y poniéndose los brazos en jarra, habló así:

«¿Sabes lo que te digo?... que si no sueltas el ros te reviento á patás.

— ¡Ladrón!» — chilló *el Majito*, sintiéndose otra vez más valiente por la presencia de *Mariano*.

Al oírse llamar con nombre tan infamante, *Zarapicos*, que era un rapaz honrado, aunque pobre, no pudo contener el ímpetu de su ira, y echando la mano al cuello del insolente *Majito*, le derribó en tierra, diciendo:

«¡Figurero!..., ¡coles!, ¡te deslomo!»

Pero *el Majito* supo reponerse, sacudirse, levantarse, y una vez en pie, sus manos alzaron un canto tan grande como medio adoquín.

«Suéltalo» — le dijo prontamente *Pecado* con voz y gesto de prudencia.

*El Majito* soltó la piedra refunfuñando feroces amenazas de asesinato. Volviéndose á los desvergonzados comerciantes, *Pecado* les dijo con imperioso ademán, en que había tanta energía como orgullo:

«Dirvos

— No nos da la gana.

— Dirvos, digo..., y venga mi sombrero.

— Miale, miale... ¿Te quieres callar? El sombrero es mío.»

Al oír *Pecado* una afirmación tan contraria á los sagrados derechos de propiedad, no se pudo contener más. Huyó de su corazón la generosidad, de su espíritu la prudencia, y arremetió á *Zarapicos* con tal empuje que éste dió algunos pasos atrás, y habría caído en tierra si no fuera también un muchachote robusto. Lucharon, ¡ay!, con varonil fiereza. Las bofetadas se sucedían á las bofetadas, los porrazos á los porrazos. De cada golpe se inflaba un carrillo. Trabados al fin de manos y brazos, cayeron rodando, *Zarapicos* debajo, *Pecado* encima. *Pecado* vencía, y machacó sobre su víctima con ferocidad. El niño rabioso supera en barbarie al hombre. ¿Habéis visto refír á dos pájaros? El tigre es un animal blando al lado de ellos.

Bien molido estaba *Zarapicos*, cuando acertó á coger entre sus dientes un dedo de *Pecado*. ¡Oh! ¡Con qué inefable delicia apretó las quijadas! Mariano dió agudísimo grito, y saltó como un gallo herido. El otro se levantó. Su rostro era un conjunto de dolor, de vergüenza, totalmente embadurnado en fango y lágrimas. Al mismo tiempo reía y lloraba. *Pecado* se cegó; no veía nada; llevó la mano á la cuerda que sujetaba sus calzones á la cintura. La última injuria que cambiaron fué referente á sus respectivas madres. Cuando nada inmundo les queda por decir, arrojan aquel postrer salivazo de ignominia sobre la cuna que poco antes le ha mecido.

«Tu madre es una *acá* y una *allá*.

— Tu madre es esto ó lo otro.»

*Pecado* no dijo ni oyó más; sacó de la cintura una navajilla, cortaplumas ó cosa parecida, un pedazo de acero que hasta entonces había sido

juguete, y con él atacó á *Zarapicos*. Del golpe, el infeliz chiquillo cayó seco.

¡Hombres ya!

Silencio terrorífico. Los muchachos todos se quedaron yertos de miedo. Al principio no comprendían la realidad abominable del hecho. Cuando la comprendieron, los unos echaron á correr llevados de un compasivo horror, los otros rompieron á llorar con ese clamor intenso, sonoro, dolorido, que indica en ellos la intuición de las grandes desdichas.

Aquello no era una travesura, era algo más. Aquello de que estaba manchado *Zarapicos* no era el almagre de que se pintaban alguna vez para jugar; era sangre, ¡sangre! *Zarapicos* no jugaba al muerto; no hacía gestos para hacer reír á sus compañeros; no decía con voz doliente ¡madre! para representar una comedia; era que se moría realmente... Temblando, pálido y siniestro, con los ojos secos, sin tener clara idea de su acción, *Pecado* arrojó el arma que había sido juguete. El instinto le mandaba huir, y huyó.

Alborotóse en un instante el barrio de las Peñuelas. Salieron todas la mujeres á la calle, gritando, algunas con el cabello á medio peinar. Los hombres corrían también. La Guardia Civil, que tiene su puesto en la calle del Labrador, se puso en movimiento; y hasta un señor concejal y un comisario de Beneficencia, que á la sazón paseaban por el barrio eligiendo sitio para el emplazamiento de una escuela, corrieron al lugar del atentado. ¡Horror y escándalo!

Las mujeres clamoreaban alzando al cielo sus manos; los hombres gruñían; *la Sanguijuelera* misma salió de su tienda á buen paso, medio

muerta de terror y vergüenza, y por todas partes no se oía sino: «*Pecado, Pecado.*»

La Arganzuela se llenó de gente. Unos corrían en busca del juez; otros decían que el juez no le encontraría vivo; los más hablaban de llevarle á la Casa de Socorro, y todos decían: «*¡Pecado!*»

Vino corriendo el boticario con árnica y vendajes, diciendo también: «*¡Pecado!*» El concejal, seguido del comisario de Beneficencia (que por ser hombre muy grueso no podía seguirle aprisa), hacía, siguiendo á la multitud, las consideraciones más substanciosas sobre un hecho que, si bien algo extraordinario, no era nuevo en los anales de la criminalidad de Madrid.

«Van siete casos de esta naturaleza en diez años—decía el comisario de Beneficencia, harto sofocado, por ser poco compatibles su gordura y la celeridad del paso.

—Terrible es el matador hombre; pero el matador niño, ¿qué nombre merece?... Dicen que éste tiene trece años.

—¿Qué país!

—¿Pero qué país!

—En Málaga son frecuentes estos casos.

—Y en Madrid lo van siendo también.

—¡Y nos ocupamos de escuelas! ¡Presidios es lo que hace falta!

—Escuelas penitenciarias, ó cárceles escolares... Es mi tema...»

Cuando llegaron al sitio de la catástrofe, los dos señores, dignísimos representantes de lo más meritorio y venerable que hay en los pueblos modernos, se echaron recíprocamente el uno sobre el otro estas dramáticas exclamaciones:

«¡Esto es espantoso!

— Esto parte el corazón.

— Escuelas, Sr. de Lamagorza.

— Presidios, Sr. D. Jacinto.

— Yo digo que jardines Fröbel.

— Yo digo que maestros de hierro que no usen palmeta, sino fusil Remington.

— Pero qué, ¿se lo llevan ya?

— No está muerto; pero parece grave.

— ¡Golpe más bien dado!—murmuró un chulo—. Ese chico es de *buten*.

— ¡Vaya, que la madre que parió tal patíbulo!—apuntó una de estas que llaman del partido.

— El asesino, el asesino, ¿dónde está?—gritó el concejal dándose gran importancia, y brujualeando en la muchedumbre con fieros ojos—. Guardias, busquen ustedes al criminal. ¡Qué país!... Pero guardias..., los de Orden Público, ¿dónde están?»

Pero ya la Guardia Civil había comenzado sus pesquisas. Los chicos, que en estas cosas suelen ser más diligentes que los hombres, indicaban la dirección que siguió *Pecado* en su fuga. Las opiniones eran diversas. Unos decían que se había refugiado en la Quinta de la Esperanza; otros que había tomado por la vía férrea adelante. Un naranjero, que con su comercio portátil de naranjas, cacahuetes y caramelos largos, se había acercado al lugar de la pelea, aseguró haber visto al matador saltar la tapia de una corraliza inmediata á las huertecillas de coles y acelgas que rodean el arroyo. Fundada era la declaración del naranjero. Acercáronse hombres y mujeres á la corraliza; unos empuñándose sobre la punta de los pies, otros subiéndose á una piedra, miraron por encima de las bardas de adobes, y vieron al terrible chico

tratando de esconderse en un ángulo. *Pecado* miró con receloso espanto la hilera de cabezas que en el borde de la tapia se le aparecía, y ante aquella visión de pesadilla se sintió domeñado, aunque no cobarde. Terrible coro de amenazas é injurias brotó de aquella fila de bocas, y más de cincuenta brazos se extendían rígidos por encima de la tapia. Pero el alma de *Pecado* se componía de orgullo y rebeldía. Su maldad era todavía una forma especial del valor pueril, de esa arrogancia tonta que consiste en querer ser el primero. El estado casi salvaje en que aquella arrogancia crecía, trájole á tal extremo. De esta manera, un muñeco abandonado á sus instintos llega á probar el licor amargo de la maldad y á saborearlo con infernal delicia. A *Pecado* se le conquistaba fácilmente con hábiles ternuras. Era tan bruto, que *el Majito* mismo, con un poco de mimo y otro poco de esa adulación que algunos chicos manejan como nadie, le tenía por suyo. Pero de ningún modo se le conquistaba con la fuerza.

Así, cuando vió aquel cerco de semblantes fieros; cuando se vió amenazado por tantas manos é injuriado por tantas lenguas, desde la provocativa de las mujeronas hasta la severa y comedida del guardia civil; cuando notó la saña con que le perseguía la muchedumbre, en quien de una manera confusa entreveía la imagen de la sociedad ofendida, sintió que nacían serpientes mil en su pecho, se consideró menos niño, más hombre, y aun llegó á regocijarse del crimen cometido. Cosas tan tremendas como desconocidas para él hasta entonces, la venganza, la protesta, la rebelión, la terquedad de no reconocerse culpable, penetraron en su alma. Por

breve tiempo la ocupaba el miedo, y lágrimas de fuego escaldaban sus mejillas; pero pronto la ganó por entero el instinto de defensa. Entrevió, como un ideal glorioso, el burlar á toda aquella gente, escapándose y aumentando el daño antes causado con otros daños mayores.

Esta era la situación moral de *Pecado* cuando el comisario de Beneficencia, llevado de un celo que nunca será encomiado bastante, se empinó como pudo sobre una piedra, y asomando la cabeza y hombros por encima de la tapia, dirigió al criminal su autorizada y en cierto modo paternal palabra, diciendo:

«Mequetrefe, sal pronto de ahí, ó verás quién soy.»

¡Cuánto habría dado el criminal porque cada mirada suya fuera una saeta! Quería despedir muertes por los ojos. Cogió un ladrillo, y apuntando á la por tantos títulos respetabilísima cabeza del apóstol de la Beneficencia oficial, lo disparó con tan funesta puntería, que el buen señor gordo gritó: «¡Carástolis!», y estuvo á punto de caer desvanecido. Testigos respetables dicen que en efecto cayó.

¡Víctima ilustre ciertamente!

¿Nos atreveremos á decir que la agresión inicua y casi sacrilega de que había sido objeto el señor comisario, provocó algunas sonrisas y aun risotadas entre aquella gentuza, y que hubo quien entre dientes dijo que había tenido el chico la mejor sombra del mundo?... Digámoslo, sí, para eterno baldón de la clase chulesca.

*Zarápicos* fué llevado en gravísimo estado á la Casa de Socorro, y la nueva víctima pateaba y rabiaba de ira al sentir el dolor de su frente y ojo, y al verse manchada de sangre aquella

mano benéfica que sólo para alivio de los menesterosos existía.

«¡Guardias, guardias, reventad á ese miserable!... ¡Vaya un monstruo!... ¡Carástolis! ¡Ay!, ¡ay!, Sr. Lamagorza, este truhán me ha matado... ¡Qué país!..., ¡qué país!»

Alguien apoyaba por allí cerca estas sentidas razones con otras igualmente enérgicas, que revelaban una indignación fulminante. Era el pavo, que avanzó haciendo la rueda y arrastrando las alas hacia el señor comisario herido. En tanto *Pecado*, rápido como el pensamiento, se subió al cobertizo y se dejó caer en el arroyo por una vertical de más de cinco metros, deslizándose por la escabrosa superficie de tierra. Dieron vuelta hacia la otra parte los guardias y el público para cogerle; pero él se escurrió por el borde del arroyo, metió los pies en el agua cuando le faltó el terreno, y buscó un refugio en el agujero negro de la alcantarilla por donde aquella agua blanquecina y nada limpia desembocaba.

«Que le cojan ahora—dijo una mujer del pueblo, que después de la descalabratura del señor comisario, simpatizaba, ¡oh vilipendio!, con el criminal.

—¡Que venga la guardia de la alcantarilla!»—exclamó el concejal inflamado de coraje.

Los guardias civiles y los de Orden Público trataron de remontar el arroyo; pero venía muy crecido. Peligraba el lustre de las botas y aun las botas mismas.

«¿Quién pesca ahora á ese condenado?

—Hay una reja que no le dejará internarse. Ha de estar á cuatro ó cinco varas de la boca.»

Miraban todos y no le veían. Un guardia civil

arriesgó las botas, acercándose á la boca. Llevaba fusil.

«Allí está — gritó —. Le veo los ojos.»

El guardia distinguía dos luceros en la obscuridad. Desde allí *Pecado* atisbaba á sus perseguidores con cierta serenidad provocativa.

«¡Granuja! — gritó el civil —, sal de ahí ó te hago fuego.

— ¡Fuego, fuego!» — clamó á lo lejos la voz del comisario, á quien piadosas chulapas ponían una venda.

*Pecado* había entrado con ánimo de no parar hasta no verse en lugar seguro, aunque tuviera que ir á las entrañas de la tierra. Pero la obscuridad y el espanto de aquel sitio acongojaron su corazón, aún no suficientemente varonil para arrostrar ciertos lugares. Se detuvo; vióse entre dos especies de muertes, y vaciló... Le consolaba que los guardias no podrían entrar á cogerle. ¿Y si le hacían fuego?... Entonces se achicó tanto, que volvió á ser niño y á tener miedo. Dirigió la mente á ciertas ideas confusas de su tierna niñez; pero aquellas ideas estaban tan borradas, tan lejanas, que poco ó ningún alivio encontró en ellas. De Dios no quedaba en él más que un nombre. Era como el rótulo escrito sobre un arca vacía, de la cual, pieza por pieza, han sido sacados los ricos tesoros. Nada sabía; su tía le hablaba poco de Dios, y el maestro de escuela le había dicho sobre el mismo tema mil cosas huecas que nunca pudo comprender bien. Las nociones de su tía y las palabras del maestro se le habían olvidado con el penoso trabajo del taller de sogas y aquella vida errante de juegos, raterías y miseria.

Sin saber cómo, este orden de ideas llevóle á

reconocerse culpable. Algo chillaba dentro de él que se lo decía. Era criminal, y sus perseguidores tenían razón en perseguirle, y aun en matarle atándole en un palo y estrangulándole. Esto le hizo estremecer de espanto, ¡a él que había visto una y otra ejecución en el Campo de Guardias sin conmoverse!... Pero aunque se reconoció bien perseguido, su orgullo estaba allí para aconsejarle no entregarse. ¡Fuera miedo!... Desgraciadamente para él, estos fieros se aplacaban con el agotamiento de las fuerzas físicas. Estaba cansado; en todo el día no había comido más que el currusco de pan que le dió su tía al ir al trabajo. ¡Y había dado tantas vueltas á la rueda en el aposento obscuro del soguero!... ¡Y corrió tanto después para ir desde la calle de las Amazonas á su casa!... ¡Tenía un hambre tan atroz y una sed!...; sobre todo una sed de padre y muy señor mío. A estas insufribles molestias se unió el frío. Sus pies desaparecían en el agua, y desde lo interior del cañón de ladrillo venía un aliento glacial que le empujaba hacia afuera. ¿Qué haría?

Determinóse entonces en él ese fenómeno de observación retrospectiva que suele acompañar á las situaciones de gran perplejidad. El espíritu turbado abandona el palenque de la duda, y se refugia en los hechos que han precedido inmediatamente á la situación terrible. Espantóse de no haber previsto lo que le pasaba, y comparó la serenidad de la mañana con el apuro y desasosiego de la tarde. ¡Qué lástima haber vivido aquel día!... ¡Qué lejos estaba de que iba á cometer barbaridad tan grande! No había ido con gusto al trabajo por ser domingo. Nunca iba con gusto, porque él daba á la rueda y su tía cobra-

ba. Pero al fin, con gusto ó sin él, allá fué tranquilo, pensando en que por la tarde se divertiría en el Canal ó en la Arganzuela. Había estado toda la mañana esperando con mucho anhelo la hora de soltar el trabajo. Contaba los segundos por las vueltas de la odiosa rueda. Creíase motor del misterioso reloj del tiempo. Dale que le dale, había llegado al fin la hora, y la manivela, que para él era parte de sus propias manos, se había quedado sola en el taller, quieta y muda.

Sin decir adiós al maestro, porque el maestro no le saludaba á él á ninguna hora, *Pecado* había salido, y bajado á saltos por la Ribera de Curtidores.

Aún le parecía ver los puestos rastrosos y las manos recogiendo cachivaches. Era día de toros. Aquellos barrios estaban muy animados. Todo lo recordaba perfectamente; todo lo veía, como si lo tuviera delante, revivido á sus ojos en la obscuridad de su escondite. Se acordaba de que, al llegar á la Ronda, le había detenido el paso un perezoso carromato de cinco mulas, de esos que no acaban de pasar nunca. El muchacho, impaciente y atrevido, atravesó por debajo de la panza de una de las mulas, que por más señas era torda. Después vió un entierro; luego encontró á dos chicas del barrio que le dieron un cacahuet, y él..., él las había administrado un par de nalgadas á cada una, porque eran muy bonitas... Representábase luego la llegada á su casa; recordaba que su tía, antes de darle de comer, le había anunciado el hurto del ros, y que él, sin poderse contener al oír tan atroz noticia, abandonó la comida, y subiendo otra vez á la Ronda, se lanzó por el barranco abajo en busca de la cuadrilla. Lo demás, por

ser más reciente y desagradable, se le representaba con matices aún más vivos. El ensangrentado cuerpo de *Zarapicos* no se quitaba ya de delante de sus ojos... Su orgullo y sus malos instintos rebuscaban todos los sofismas del egoísmo por producir una reacción; pero si éstos ganaban algún terreno, al punto lo perdían. Los sofismas hacían grandes esfuerzos por destruir la hermosa flor del arrepentimiento; pero cuantas más hojas le arrancaban, más lozanas las echaba ella.

«¡Date, date, canallita! — gritó el guardia —, ó te dejo seco.»

*Pecado* miró al guardia. No, no se entregaría. Antes morir que entregarse. Eso de que le llamaran canallita, le exasperaba... Vislumbró el presidio, como en sus sueños infantiles había vislumbrado otras veces el Cielo... Pero si el hambre y la sed le devoraban, ¿qué podía hacer más que entregarse? Y el guardia aquel era precisamente un hombre á quien Mariano admiraba mucho por su gallardía y su simpático rostro. Se llamaba Mateo González, y servía en el puesto de la calle del Labrador. *Pecado* le imitaba en el modo de andar. En sus sueños de ambición, no se le ocurría jamás ser general, ni obispo, ni banquero, ni comerciante famoso, sino ser Mateo González.

Este, que era ladino, tuvo una idea feliz. *Pecado* le vió desaparecer, y por un momento tembló de alegría. Pero no le dió tiempo el guardia á regocijarse, porque otra vez apareció por el arroyo adelante. En vez de fusil, traía dos naranjas en la mano derecha.

«¡Eh! ¡Marianín! — gritó inclinándose para verle mejor y mostrarle lo que llevaba —. Sal;

no seas tonto. No te haremos nada... ¿Ves? Si sales, te doy estas dos naranjas.»

*Pecado* dió un salto hacia fuera, y se arrojó en brazos del guardia.

«¡Ah, tunante...!» — dijo éste con alegría, echándole la zarpa al cuello y dejándose arrebatarse las naranjas.

## IV

Consagremos un recuerdo de consideración y lástima, en el último renglón de esta tragedia, al digno señor comisario de Beneficencia, autor de tantos y tan hermosos expedientes. El solo sería capaz, si le dejaran, de elevar en pocos años á una altura increíble, dentro de los archivos nacionales, esos grandiosos monumentos papiráceos en que se cifra nuestra bienandanza. Sería preciso tener corazón de estuco para no affigirse al verle descalabrado, con la mano en la frente y ésta ceñida por un pañuelo, corriendo en coche simón hacia la Casa de Socorro de la calle de Embajadores, donde por la noche se vistió de la luz de los serafines el pobrecito *Zarapicos*.

*La Correspondencia* recogió en el Juzgado de guardia nota del suceso de aquel día, y lo dió á sus lectores en un sueltecillo crudo. Cuando lo leyeron los amigos que acompañaban al señor de Lamagorza en su casa, y cuando éste les refirió detalles del hecho, oyéronse las exclamaciones más ardientes sobre el estado moral é intelectual del país; se recordaron otros hechos análogos ocurridos antes en Madrid, Valencia y Málaga, y por último se declaró con unanimidad

muy satisfactoria que era preciso hacer algo, ¡algo, sí!, y consagrar muchos ratos y no pocas pesetas á la curación del cuerpo social. Como la prensa alarmada acalorase el asunto en los días sucesivos, se formaron juntas, se nombraron comisiones, las cuales á su vez parieron diversas especies de subcomisiones; y hubo discursos seguidos de aplausos... y se lucieron los oradores; y otros, que ávidos estaban de dar sus nombres al público, adquirieron esa celebridad semanal que á tantos desvanece.

Tanta actividad, tanta charla, tanto proyecto de escuelas, de penitenciarias, de sistemas teóricos, prácticos, mixtos, sencillos y complejos, celulares y panoscópicos, docentes y correccionales, fueron cayendo en el olvido, como los juguetes del niño, abandonados y rotos ante la ilusión del juguete nuevo. El juguete nuevo de aquellos días fué un proyecto urbano más práctico y además esencialmente lucrativo. Ocupáronse de él juntas y comisiones, las cuales trabajaron tan bien y con tanto espíritu de realidad, que al poco tiempo se alzó grandiosa, provocativamente bella y monumental, toda roja y feroz, la nueva Plaza de Toros.

## CAPÍTULO VII

## Tomando posesión de Madrid.

La noticia de la barrabasada de su hermano fué para Isidora un golpe terrible. Precisamente, cuando supo el extraño caso, hallábase en la más lisonjera situación de espíritu que un alma juvenil puede apetecer: Todas sus ideas tenían como un tinte de aurora; detrás de cuanto pensaba, creía notar un resplandor delicioso, el cual, demasiado vivo para contenerse en su alma, salía por los sentidos afuera y matizaba de extrañas claridades todos los objetos. Nada veía que no fuera para ella precioso, seductor, magnífico ó por cualquier concepto interesante, y hasta un carro de muertos que encontró al salir de la casa, más que por fúnebre, le chocó por suntuoso.

Había salido temprano á comprar varias cosas, ó si se quiere, había salido por salir, por ver aquel Madrid tan bullicioso, tan movable, espejo de tantas alegrías, con sus calles llenas de luz, sus mil tiendas, su desocupado gentío que va y viene como en perpetuo paseo. Los domingos por la mañana, si ésta es de abril ó mayo, los encantos de Madrid se multiplican; crecen la animación y el regocijo; hay bulla que no aturde y movimiento que no marea. Mucha gente va á misa, y á cada paso halla el transeunte bandadas de lindas pollas, de cintura bien ceñida y velito en la frente, que salen de la iglesia, devocionario en mano, joviales y coquetuelas.